

ANA FRANK

La biografía



Paidós Testimonios

MELISSA MÜLLER

ANA FRANK
LA BIOGRAFÍA

Epílogo de Miep Gies

Traducción de Rosa Pilar Blanco



Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *Das Mädchen Anne Frank*, de Melissa Müller
Publicado originalmente en alemán por S. Fischer Verlag, Frankfurt

Traducción de Rosa Pilar Blanco Santos

Idea original de diseño: Hissmann, Heilmann, Hamburgo.
Fotografía de cubierta: © Dupont/Anne Frank Fonds - Basel via Getty Images
Adaptación de cubierta del Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial del Grupo Planeta

1ª edición, marzo 2015

Espasa Libros, S. L. U.,
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.espacioculturalyacademico.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-493-3104-6
Fotocomposición: Víctor Igual, S. L.
Depósito legal: B-2.475-2015
Impresión y encuadernación: Artes Gráficas Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Prólogo a la nueva edición 11

1. La detención 17
2. Ana en Fráncfort 29
3. Éxodo 45
4. Nueva patria 71
5. En la antesala de los asesinos 101
6. En la trampa 127
7. En el escondite 181
8. La casa de atrás 205
9. Indefensos 261
10. El último tren a Auschwitz 287
11. Deseo 319

Epílogo biográfico 323
Epílogo de Miep Gies 379
Agradecimientos 285
Anexos 289
- Árbol genealógico de las familias Frank y Holländer
- Fuentes 393
- Citas del diario de Ana Frank 397
- Notas 403
- Índice de nombres 427

1

La detención

¡Silencio! ¡Ni una sola palabra más en voz alta! ¿Quién está todavía en el cuarto de baño? El grifo aún sigue abierto. Ante todo, no tiréis de la cadena. Silencio, silencio. No seáis tan descuidados. Chitón. La verdad es que después de dos años ya podíais saber... Vaciad los orinales. Retirad las camas. ¡Quitaos los zapatos! Ya tocan las campanas. A las ocho y media, cuando lleguen los mozos del almacén, tiene que reinar el más completo silencio.

El ritual matinal cotidiano de la casa de atrás: a las siete menos cuarto suena el despertador en la habitación de Hermann y Auguste Van Pels. Su estridente sonsonete arranca también del sueño, un piso más abajo, a la familia Frank y a Fritz Pfeffer. Los sonidos siguientes les resultan extremadamente familiares: un golpe certero —la señora Van Pels ha apagado el despertador. Un crujido, primero vago, después cada vez más preciso —el señor Van Pels se ha levantado y desciende con cuidado por la empinada escalera de madera. Como siempre, es el primero en ir al cuarto de baño.

Ana espera en la cama hasta que vuelve a oír el crujido de la puerta del cuarto de baño. Fritz Pfeffer, su compañero de habitación, es el siguiente. Ana respira aliviada. Saborea los escasos minutos que pasa sola a primera hora de la mañana en la reducida estancia. Con los ojos cerrados escucha el trinar de los pájaros en el patio trasero y se estira en su camastro, pues francamente no se le puede llamar «cama» al estrecho sofá que ella ha alargado colocando una silla en la piecera. A Ana, sin embargo, su cubil le parece casi lujoso. Miep Gies, que abas-

tece de alimentos a los Frank en el escondite, le ha contado que otros clandestinos duermen en cobertizos diminutos, a menudo sin ventanas, o en húmedos sótanos encima del duro suelo. Ana, disciplinada, se levanta y sube las tiras de tela destinadas a oscurecer las ventanas. La disciplina determina su existencia en el escondite. Una breve mirada al exterior. Esa mañana de viernes es bastante neblinosa. Seguro que será un cálido y maravilloso día de verano. Si alguna vez... sólo por unos instantes..., pero, paciencia, ya queda poco... el atentado a Hitler de hace unas dos semanas les ha devuelto por fin las esperanzas a todos... seguramente en otoño podrá volver al colegio... su padre y el señor Van Pels están convencidos de que en octubre todo habrá pasado... de que entonces serán libres... Y, de hecho, ese día es 4 de agosto de 1944.

Disponen de una hora y tres cuartos para prepararse para la nueva jornada. Mientras ocho personas terminan su higiene matinal, recogen la ropa de cama, apartan las camas a un lado, colocan mesa y sillas, la hora y tres cuartos se pasa volando. A las ocho y media, cuando debajo de ellos, en el almacén, empieza la actividad, de arriba no debe salir el menor ruido. Con qué facilidad podrían delatarse. Van Maaren, el encargado del almacén, es desconfiado por naturaleza.

Antes de que se sirva el desayuno, hacia las nueve, cada uno se dedica a sus ocupaciones. Lo más silenciosamente posible. Esa media hora de la mañana es muy crítica. Todos leen, estudian o cosen —y esperan—. Si alguno no tiene más remedio que levantarse, se desliza en calcetines o pantuflas por la habitación, sigiloso como un ladrón. Sólo está permitido hablar en susurros. Quien suelta una carcajada o un grito, producto de un dolor repentino, merece las miradas reprobadoras de los demás. Después, cuando tras los mozos del almacén llegan por fin los empleados de la oficina, y el repicar de las máquinas de escribir, el timbre del teléfono y las voces de Miep Gies, Bep Voskuijl y Johannes Kleiman —todos ellos amigos y auxiliadores de los escondidos— se convierten en un telón de fondo sonoro, el peligro se atenúa un poco.

Por fin llega Miep a recoger la lista de la compra. ¿De la compra? Miep tiene que coger lo que le dan, que cada día es menos. Sin embargo, ella sabe con qué ansia la esperan los habitantes de la casa de atrás. Cada mañana, Ana asedia a Miep a preguntas. Y sólo la deja regresar a la oficina tras la solemne promesa de que por la tarde mantendrán una hora de charla. Otto Frank se retira con Peter Van Pels a la diminuta habitación de éste, ubicada en el piso de arriba. Según el horario

de clases hoy toca inglés, un dictado. Peter no progresa con el enrevesado idioma extranjero, así que Otto le dedica la mañana. De esa forma al menos no se le hará tan larga. Entretanto, un piso más abajo, Margot y Ana se enfrascan en sus libros. Paciencia. En los dos últimos años la inquieta Ana ha aprendido precisamente a eso, a ejercitar la paciencia.

Abajo del todo, en el almacén, el molino de especias se ha puesto en marcha. Su monótono traqueteo le resulta familiar. Willem Gerard Van Maaren ha abierto de par en par la puerta del almacén que da a Prinsengracht para dejar entrar la luz y el calor del suave verano de Ámsterdam.

Las diez y media. A los dos mozos del almacén todavía les queda mucho que hacer hasta el descanso del mediodía. De pronto en el almacén aparecen unos desconocidos, Servicio de Seguridad alemán, SD. Ninguno de los presentes ha reparado en su llegada. Los hombres, uno de ellos con el uniforme de la «policía verde», los otros vestidos de civil, van armados. Enseñan una orden de registro. Tras mascullar unas palabras, el sorprendido Van Maaren señala con el pulgar hacia arriba, a las oficinas. A su lado, con gesto adusto, está un segundo empleado, Lammert Hartog. Su mirada revela inseguridad. Los desconocidos suben a toda prisa a las dos oficinas del primer piso, mientras uno de ellos se queda atrás un momento, vigilando al personal.[1]

Sin llamar a la puerta, uno de los hombres, que será descrito más tarde como alto y flaco, entra en la oficina común de Miep Gies, Bep Voskuijl y Johannes Kleiman. Miep ni siquiera levanta la vista. No es raro que entre alguien en la oficina. Cuando oye un seco «Permanezcan sentados y sin rechistar», alza los ojos y se encuentra con el cañón de un arma. «Ni se le ocurra moverse», le ordena el holandés. Después vuelve a salir.

A través de la doble puerta de dos hojas, resuenan rudas voces de mando. El hombre del SD y sus ayudantes holandeses, empleados todos ellos de la policía municipal de Ámsterdam, experimentados cazadores de recompensas, miembros del Movimiento Nacionalsocialista de los Países Bajos (NSB), y padres de familia de edad madura, han sorprendido al jefe de la firma, Victor Kugler, en la habitación contigua sentado a su escritorio. Lo amenazan con sus armas.[2]

—¿De quién es este edificio? —pregunta con brusquedad en alemán el de uniforme.

Kugler cree distinguir su acento vienés.

—Del señor Wessel —responde asimismo en alemán, pues había pasado su infancia y su juventud en Hohenelbe, una pequeña ciudad alemana de los Sudetes situada al pie de las Montañas de los Gigantes, en el por entonces todavía imperio austrohúngaro—. Somos meros inquilinos.

Kugler permanece sentado muy tieso y le da rápidamente la dirección del holandés al que pertenece el edificio de Prinsengracht 263 desde el 23 de abril de 1943.

Impaciente, el hombre del SD ruge algo parecido a:

—¡No se vaya por las ramas!

Su nombre, según se pone de manifiesto, es Silberbauer. Karl Josef Silberbauer.

—Quiero saber quién manda aquí.

—Yo —responde Kugler.

—¡Acompáñenos!

Kugler, un hombre de aspecto tranquilo y adusto, que a muchos les parece casi inaccesible, tiene que conducir a los hombres del SD un piso más arriba, a otros almacenes. Ellos le preguntan por armas escondidas. Él tiene que abrir cada caja, cada tonel, cada saco. Mientras tanto, intenta ordenar sus pensamientos. ¿Qué buscan esos hombres? ¿Habrán venido a buscarle? ¿Sabrán, quizá, que está en contacto con opositores? ¿Lo de la documentación falsa...? Con tal de que no vayan a la casa de atrás... ¿Qué ocurrirá si las numerosas habladurías han llegado a oídos del traidor? Han resistido juntos dos años y un mes. Es imposible que justo ahora..., cuando la ofensiva de los aliados empieza por fin a imponerse también en el norte de Francia..., cuando es simplemente cuestión de semanas. Momentos de autoengaño.

—En su casa hay judíos escondidos —oye decir Kugler a uno de los holandeses. Su esperanza cede a la fatal certidumbre: negarlo únicamente empeorará las cosas.

—¿Dónde están? —intervienen los demás.

Se trata de Gezinus Gringhuis y Willem Grootendorst, uno bajo y de llamativa corpulencia, el otro de cara alargada y amarillenta. Más tarde Kleiman, Kugler y Otto Frank identificarán a otro en una foto, al alto y flaco Maarten Kuiper, el de «nariz afilada en una cara pequeña» y «la mirada penetrante de un loco». Pero también es posible que se dejasen confundir. Kuiper estuvo implicado en acciones criminales contra miembros de la resistencia y más tarde fue condenado por ello; su rostro apareció en la prensa después de la guerra.

—¿Dónde están? —las palabras de Silberbauer suenan como una condena en última instancia. Ordena a Kugler que vaya delante.

Kugler obedece. ¿Qué remedio le queda? Los hombres le siguen con las armas desenfundadas. Los fríos ojos azules de Kugler parecen —ahora más que nunca— un muro impenetrable. Sin embargo, la actitud extremadamente correcta que le caracteriza, su aparente calma, es engañosa: un sentimiento de impotencia paraliza sus pensamientos. Los minutos que preceden a la tormenta son siempre sofocantes, opresivos, amenazadores. Lacerantes preguntas le asedian. La familiaridad de su entorno se torna confusa. ¿Estarán faroleando esos hombres, como al parecer suelen hacer en ese tipo de redadas? ¿Se estará dejando engañar? ¿O les habrán dado un soplo? ¿Habrán denunciado a sus protegidos? ¿Un vecino? ¿Un mozo? ¿Por qué precisamente hoy?

Aparentando indiferencia, Kugler avanza por el corredor que une la casa de atrás con la delantera. Peldaño a peldaño asciende por la empinada escalera que, una vez arriba, tuerce a la derecha igual que una escalera de caracol. Los desconocidos le siguen pegados a él. Catorce, quince, dieciséis. Desembocan en una antecámara cuyo papel pintado con grandes flores en beige y rojo aún la hace parecer más estrecha. Tras ellos se encuentra la puerta de comunicación con el almacén de especias y, ante sus ojos, una librería de la altura de un hombre, con tres estantes, repleta de gastados archivadores azules. Justo encima de la estantería cuelga un mapa grande, de los que se ven en los departamentos oficiales y escuelas. Bélgica a escala 1:500.000.

¡Abra! ¿Cómo es que lo saben? Un tirón. La librería se aparta de la pared igual que una pesada puerta. Detrás —casi medio metro por encima del suelo— aparece una puerta blanca, cuyo extremo superior desaparece tras una pared fina y el mapa. El canto superior de la puerta está acolchado con un trapo relleno de virutas de madera.

¿Han oído ya los Frank esos pasos ruidosos, esas voces desconocidas? Ante la vacilación de Victor Kugler, los hombres del SD reaccionan con renovado apremio. Ante ellos otra escalera, de la anchura justa para una persona, conduce al piso superior de la casa de atrás. Kugler recorre el estrecho pasillo que se abre a su izquierda dirigiéndose hacia la puerta de comunicación. La abre.

La primera persona a la que ve es Edith Frank, la madre de Ana, que está sentada a su mesa.

—Gestapo —se oye murmurar en voz baja.

Es la única palabra que asoma a sus labios resecos. El pánico se

apoderará de ella, se dice temeroso. Pero Edith se queda sentada, como paralizada. Mira a Kugler y a los desconocidos desde muy lejos. Con apatía, con indiferencia.

—¡Arriba las manos! —le ordena uno de los holandeses empuñando el arma.

Otro hace salir a Ana y a su hermana Margot de la habitación contigua, y las obliga a colocarse junto a su madre con las manos sobre la cabeza.

Entretanto, dos de los policías holandeses han subido corriendo al piso superior.

—¡Manos arriba!

Mientras uno de ellos apunta con su pistola al señor y a la señora Van Pels, el otro irrumpe en la pequeña cámara adyacente.

—¡Arriba las manos!

Cachea a Otto Frank y a Peter Van Pels en busca de armas, como si fueran peligrosos delincuentes capaces de vender cara su libertad. A continuación, los obliga a reunirse con los padres de Peter, que guardan silencio, con las manos encima de la cabeza y la mirada dirigida al infinito.

—¡Todos abajo! Y deprisa.

El último en aparecer es Fritz Pfeffer, también con una pistola a la espalda.

Ocho judíos de golpe. Una mañana sorprendentemente buena.

—¿Dónde está su dinero y los objetos de valor? —pregunta Silberbauer con su tono de mando. Deprisa, deprisa, no hay tiempo que perder. Los ocho detenidos parecen serenos. Sólo Margot llora en silencio.

Otto Frank comprende que ha llegado el momento de colaborar. De esa forma se arreglará todo. Porque los alemanes también tienen miedo. Conocen la ofensiva de los aliados... Saben que todo es cuestión de semanas. Otto señala el armario empotrado en la pared, en el que guarda los objetos de valor de la familia. Silberbauer ordena a sus ayudantes que registren las demás habitaciones de la casa de atrás en busca de joyas y dinero, incluso el desván. Él mismo saca del armario el voluminoso cofre de los Frank. Su mirada recorre la habitación. Por fin encuentra lo que busca. La cartera de piel de Otto. En realidad, de Ana, porque Otto se la ha cedido a su hija para que guarde sus papeles personales en lugar seguro. Silberbauer abre la cartera, le da la vuelta y, con absoluta despreocupación, deja caer al suelo los diarios, cuadernos y hojas sueltas. «Mi diario no, mi diario

sólo conmigo», había anotado Ana cuatro meses antes. Ahora no manifiesta reacción alguna.

Hermann Van Pels hace un intento de ofrecer dinero a los policías por su liberación. Ellos se ríen de él.

—¡Vamos, terminad de una vez! ¡Rápido! ¡En cinco minutos los quiero a todos preparados para partir! —aúlla Silberbauer dejando caer en la cartera el contenido del cofre.

Los detenidos, como en trance, recogen sus bolsas preparadas para la huida en la habitación de al lado, arriba. Mochilas que llevan dos años colgadas y listas para emergencias, por si algún día estallase un incendio que los obligase a abandonar la casa de atrás. El devastador desorden les trae sin cuidado.

El sargento, miembro de las SS desde 1939, no puede parar quieto. Con sus pesadas botas recorre de un lado a otro la pequeña habitación. Le han dicho que eso intimida. También le ayuda a pasar el rato hasta la partida. Tiene treinta y tres años, mecánico ajustador de profesión. Pelo rubio ceniza de corte militar sobre grandes orejas carnosas, labios claros y estrechos, y ojos entornados como rendijas. Un tipo vulgar y corriente, obediente, sumiso a la autoridad. Su uniforme le confiere seguridad, eso se nota. Ahora forma parte de los más fuertes, eso es lo que piensa. Sus pensamientos no van mucho más allá. Él se limita a cumplir órdenes, y desalojar la zona trasera de la casa es una orden más. Hasta finales de otoño de 1943 el «asistente mayor de la policía de investigación criminal» estuvo en Viena, su ciudad natal, al servicio de la Gestapo; el 11 de noviembre, por orden de la Central de Seguridad del Reich de Berlín (RSHA), fue asignado al comandante de la Policía de Seguridad y al Servicio de Seguridad de La Haya. Enseguida —a pesar de que por entonces las deportaciones de los judíos de Ámsterdam se consideran internamente como «concluidas con éxito»— lo destinan al departamento exterior de Ámsterdam de la sección IV B4 de la Gestapo, el llamado Departamento Judío, que se encarga de la eficiente «solución de la cuestión judía» y que está bajo las órdenes de Adolf Eichmann. La mujer de Silberbauer, Barbara, con la que se ha casado hace poco, trabaja mientras tanto de enfermera en Viena.

De pronto Silberbauer se detiene y clava la vista en el enorme cajón gris depositado en el suelo, entre la cama de Edith Frank y la ventana.

—¿De quién es ese arcón? —quiere saber Silberbauer.

—Mío —responde Otto sin faltar a la verdad. En la tapa del cajón

con herrajes de hierro se lee en caracteres claros y legibles «Alférez en la reserva Otto Frank»—. Fui oficial en la Primera Guerra Mundial.

—Pero... —Karl Silberbauer se siente visiblemente incómodo. Ese arcón sobra. Perturba su rutina—. Pero entonces, ¿por qué no se presentó usted?

Según la jerarquía militar, Otto Frank es su superior. Frank, un judío.

—En ese caso habría ido a Theresienstadt —precisó Otto después de la guerra citando las palabras del hombre de las SS.

Theresienstadt. La ciudad regalada a los judíos. Alguien como Silberbauer seguramente cree de buen grado la propaganda nazi de las humanas condiciones de vida en la «colonia judía».

El hombre de las SS, inquieto, pasea la mirada por la habitación, evitando el contacto visual con Otto Frank, que sigue de pie muy tranquilo. A diferencia de los demás, él ya no desea empaquetar nada más.

—¿Cuánto tiempo llevan escondidos aquí?

—Dos años y un mes —responde Otto Frank.

Al ver las incrédulas sacudidas de cabeza de Silberbauer, señala la pared situada a la derecha de la puerta del cuarto de Ana. Finas rayas a lápiz sobre el papel pintado demuestran lo que Ana y Margot han crecido desde el 6 de julio de 1942. La mirada de Silberbauer se queda prendida en un pequeño mapa de Normandía sujeto a la pared justo a la derecha de las rayas, en el que Otto ha reproducido el avance aliado. Innumerables alfileres de cabezas de colores, rojos, anaranjados y azules, que Edith le ha proporcionado de su costurero, señalan los éxitos de los aliados.

Silberbauer masculla con voz ronca:

—Tómese el tiempo que necesite.

¿Está a punto de perder su sangre fría? ¿Se siente incluso turbado, confuso? Mientras algunos de sus ayudantes vigilan a los detenidos, él prefiere bajar a echar un vistazo.

Tras cruzar la reducida oficina del jefe, en la que momentos antes trabajaba Victor Kugler y donde ahora es interrogado su colega Johannes Kleiman, y el cuarto de paso sin ventanas, entra en la oficina común. A través de los ventanales, casi de la altura de la habitación, se ven los rayos del sol bailando sobre el agua del canal como diminutas estrellas fugaces.

—Bueno —oye decir a Silberbauer en su dialecto vienés Miep Gies, que se ha quedado sola en la oficina. Sin ser vista, ha logrado entregar las cartillas de racionamiento a su marido Jan, que ha pasado

por Prinsengracht para verla como todos los mediodías, y lo ha despedido justo a tiempo. El coche en el que llegaron los hombres de las SS se había marchado, la entrada no estaba vigilada. Eso también lo aprovechó el mozo de almacén Lammert Hartog para largarse a escondidas.[3] Y entretanto también Bep Voskuijl había abandonado el edificio, llorando. Kleiman había mandado a la compañera de oficina de Miep a hacer unos recados. Tenía que llevar su monedero al droguero de la vecina Leliegracht, un buen conocido de Kleiman, e informar a la señora Kleiman de que ese día no iría a casa.

Miep también habría podido marcharse, pero ha preferido quedarse.

—Miep, procura mantenerte al margen de este asunto —consigue susurrarle Kleiman antes de que se lo lleven—. A nosotros ya no puedes salvarnos, pero salva todo lo que pueda salvarse aquí.

—Ahora te toca el turno a ti —amenaza Silberbauer.

Su acento le resulta familiar a Miep. Ella nació en Viena y allí vivió hasta los once años.

—Yo también soy de Viena —contesta con voz firme.

Una compatriota; con eso el nazi no contaba. Ante todo no salirse de la rutina. Documento de identidad. Interrogatorio habitual. Silberbauer está completamente desbordado.

—¿No se avergüenza usted de ayudar a esta chusma judía, traidora? —la increpa a gritos, como si sus agresivas palabras fueran capaces de devolverle la firmeza que corre peligro de perder. Desde el desembarco de los aliados el 6 de junio, las acciones contra los judíos han sido prácticamente suspendidas y los «cazadores de judíos» como Grootendorst, Gringhuis o Kuiper han sido trasladados a otros departamentos. Ahora las SS tienen que descubrir a grupos de resistencia, perseguir «delitos criminales» y prepararse para defender Holanda.

Esa misma mañana, Julius Dettmann, el jefe de Silberbauer, ha hecho una excepción —no podía pasar por alto el soplo que le ha dado por teléfono el delator. Ha reunido un grupo de hombres disponibles en ese momento, suficientemente experimentados, y los ha enviado de inmediato. Que ocho judíos fueran a caer en sus redes tampoco se lo había figurado Dettmann.

Miep, sacando fuerzas de flaqueza, mira fijamente a los ojos a Silberbauer. Éste se tranquiliza por fin, murmura algo sobre la simpatía personal, y que no sabe qué hacer con ella, y sale de la habitación amenazando con regresar al día siguiente para controlarla.

—La dejaré ir por razones personales, pero como huya, prenderemos a su marido —le oye decir Miep.

—Manténgase lejos de mi marido —contesta ella—. Él no tiene nada que ver con este asunto.

—Tonterías. Él también está implicado.

El vehículo que uno de los policías nazis ha solicitado por teléfono, una camioneta de reparto sin ventanas laterales, seguramente de color gris oscuro, llega por fin a eso de la una. Severamente custodiados, los ocho denunciados y Victor Kugler bajan las escaleras saliendo de la casa de atrás a tientas, uno tras otro, por el pasillo de delante de las oficinas, y tras una escalera empinada se encuentran al aire libre. Es la primera vez desde hace veinticinco meses que pisan la calle. Las miradas ávidas de los mirones duelen. La luz del sol los ciega. Dentro del vehículo se hace de nuevo la oscuridad.

Miep se queda en el edificio con Van Maaren, el encargado del almacén. Johannes Kleiman, al igual que Kugler, ha sido arrestado junto con los escondidos. Sentada junto a su escritorio, agotada y vacía. Podría abandonar el edificio, pero sigue allí. ¿Podrá echar una mano a sus amigos? ¿Existirá alguna posibilidad de salvación? ¿Regresarán los policías? No sabe si pasan minutos u horas, hasta que al fin llega Jan, su marido, liberándola de su hieratismo. A eso de las cinco, según declararán más tarde Bep y Miep, regresa también Bep. En su angustia ha vagado durante horas por Ámsterdam, huyendo de las SS.[4]

En compañía de Van Maaren, los auxiliadores, después de haber echado el cerrojo al edificio, se atreven a entrar en la casa de atrás. Silberbauer ha cerrado la puerta situada detrás de la librería y se ha llevado la llave. Pero Miep tiene otra. Horrorizados, contemplan el caos provocado por los policías. Sin el menor miramiento, lo han sacado todo violentamente de los armarios, han desarmado las camas. El suelo de la habitación de los Frank está cubierto de cuadernos y hojas sueltas. La mirada de Bep cae sobre un cuadernito a cuadros que parece un álbum de dedicatorias. ¡El diario de Ana! Con ágiles movimientos, las dos mujeres reúnen todos los papeles. Van Maaren hace guardia junto a la entrada. Después cogen unos libros de la biblioteca que habían sacado en préstamo para Ana y Margot, la máquina de escribir portátil de Otto y el peinador de Ana. No encuentran objetos de valor, que desean guardar para los detenidos. Ya los han robado los policías.

Se ha hecho tarde. Fuera todavía luce el sol, sumergiendo la fachada y el interior de Prinsengracht 263 en esa diáfana luz vesperti-

na dorada que conocemos por los cuadros de Vermeer. Miep apila los diarios de Ana y las numerosas hojas sueltas sin leer una sola palabra, y en presencia de Bep los guarda en el cajón de su escritorio. ¿Debe cerrar con llave? No, eso sólo contribuiría a despertar la curiosidad de aquellos que intenten abrirlo. Además, se propone devolverle muy pronto a Ana sus anotaciones, en cuanto regrese tras el fin de la guerra.